

LAS MATERNIDADES FALLIDAS EN LAS MILITANTES DEL MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA MIR EN CHILE

Tamara Vidaurrazaga Aranguiz¹

RESUMEN

Nos referiremos a la noción de “madres fallidas” en mujeres del Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR chileno (1965-1987), a través del análisis de testimonios respecto de cómo ellas vivieron sus maternazgos en el periodo militante. El concepto alude al de “malasmadres” utilizado por Marcela Lagarde, referido a aquellas que fallan respecto del mandato más rígido e incuestionable de la feminidad hegemónica: LA maternidad. Esta, entendida como un ideal abstracto con el que ninguna de las madres reales puede cumplir, y del que estas militantes se alejaron de manera importante. Por una parte, al verse insatisfechas con la mera reproducción y crianza, anhelando y eligiendo un proyecto para sí: la revolución. Y, por otra, al priorizar por el proyecto político antes que la maternidad hegemónica, lo que se constata cuando decidieron dejar a sus hijos e hijas al cuidado de otros o al hacerlos parte de los peligros de la militancia. Esta opción disonante con lo mandado, tuvo costos específicos para estas militantes, al ser utilizada por la represión para atormentarlas.

PALABRAS CLAVE: Maternidades fallidas, Maternazgos, Movimiento de Izquierda Revolucionario MIR, Chile, Género.

Se ha parido ella misma
sintiéndose -a ratos -
incapaz de soportar tanto amor sobre los hombros,
pensando en el fruto de su carne
-lejano y solo-
llamándola en la noche sin respuesta,
mientras ella responde a otros gritos,
a muchos gritos,
pero siempre pensando en el grito solo de su carne
que es un grito más en ese griterío de pueblo que
la llama
y le arranca hasta sus propios hijos
de los brazos.
“La Madre”, Gioconda Belli.

En este artículo nos referiremos a la noción de *maternidades fallidas* en mujeres del Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR de Chile, reflexionando respecto de cómo vivieron sus maternazgos durante la militancia, y concentrándonos en los momentos en los que tuvieron que optar entre las labores de crianza y el proyecto político a tiempo completo.

¹ Doctora en Estudios Latinoamericanos. Magíster en Estudios de Género. Licenciada en Historia. Instituto de la Mujer. E-mail: tvidaurrazaga@insmujer.cl. Este artículo es un adelanto de los resultados del proyecto CONICY-FONDECYT N° 11170200 “Voces intergeneracionales: madres e hijos de la Nueva Izquierda Revolucionaria del Cono Sur en la historia reciente (Argentina, Chile y Uruguay)”.

El análisis fue realizado respecto de testimonios recogidos en el trabajo de campo de investigaciones de maestría y doctoral², en las que se entrevistó a ex miristas chilenas con un nivel profesional de militancias que transcurrieron desde antes del Golpe Militar de 1973 y hasta 1987, cuando la orgánica se dividió de manera definitiva. A este corpus sumamos testimonios publicados, con el fin de observar un espectro mayor de experiencias.

En todos los casos se trata de miristas-madres que algún momento de la militancia debieron definir si dejarían o no a sus hijos e hijas para continuar el trabajo partidario con el nivel de compromiso que ellas asumieron y se comprometieron a entregar, y que también era mandado y exigido por la organización.

El MIR perteneció a la llamada Nueva Izquierda Revolucionaria (LÖWY, 2007; POZZI Y PÉREZ, 2012) y existió entre 1965 y 1987, propugnando la revolución mediante la lucha armada y enmarcándose en una moral militante basada en el guevarismo muy rígida y exigente (CIRIZA Y RODRÍGUEZ, 2004-2005; VIDAURRAZAGA 2015; RUIZ, 2015). Dado que resistió activamente a la dictadura cívico militar pinochetista (1973-1990), su militancia fue perseguida y reprimida de manera violenta (GOICOVIC, 2012; SANDOVAL, 2014).

Ello implicó un nivel de peligro muy alto no solo para la militancia, sino también para la descendencia de esta, que continuó naciendo en este contexto. Así, una parte relevante de las militantes-madres se vieron enfrentadas a optar entre la dedicación al proyecto político -dejando a sus hijos e hijas al cuidado de otras personas-; o abandonar esta manera de comprender sus participaciones políticas, para criar y proteger a esa infancia que ya era parte de sus vidas.

Al decir que fueron *madres fallidas* aludimos al concepto de malasmadres de la feminista mexicana Marcela Lagarde (2011), referido a la imposibilidad de todas las madres reales de satisfacer el ideal del mandato más rígido e incuestionable de la feminidad hegemónica: LA maternidad, dicho a propósito en singular.

En el caso de las miristas, esta subversión que las convierte en *madres fallidas* fue todavía más evidente. En primer lugar, por la insatisfacción ante el rol de madreposa y la crianza como única expectativa para sus vidas, anhelando y eligiendo un proyecto para sí -la

² VIDAURRAZAGA, Tamara. Mujeres en rojo y negro. Reconstrucción de la memoria de tres mujeres miristas 1971-1990. Santiago: Escaparate, 2006; VIDAURRAZAGA, Tamara. Las combatientes. Militancias femeninas en la nueva izquierda revolucionaria latinoamericana: miristas chilenas y tupamaras uruguayas. Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile. Tesis para optar al grado de Doctora en Estudios Latinoamericanos, 2015.

revolución- e ingresando con ese acto al mundo de los que trascienden (DE BEAUVOIR, 2013), otrora exclusivamente masculino.

Un proyecto que las ubicó en un espacio no asible en términos simbólicos al transgredir la dicotomía patriarcal eros-tánatos y asumir con ello un doble poder vida-muerte. Ello, porque asumieron un compromiso que implicó la posibilidad de morir y matar por el proyecto político, y al mismo tiempo no se restaron del ejercicio de parir -y por tanto dar vida- propio del mandato sexo genérico que les correspondía (VIDAURRAZAGA, 2006).

En segundo término, al priorizar por el proyecto político antes que con el cumplimiento del mandato hegemónico de la maternidad ideal, opción evidenciada cuando decidieron hacer parte a los hijos e hijas de las tareas y los peligros de la militancia para no separarse de ellos o bien dejarlos al cuidado de otras personas para protegerlos.

Estas opciones disruptivas con lo que se esperaba de ellas social y culturalmente, tuvo costos más duros para las militantes que para sus compañeros varones, dados los mandatos de un sistema heteropatriarcal: los aparatos represivos usaron estas tensiones para atormentarlas, y sus ausencias fueron más difíciles de asumir por los descendientes y para ellas, en el contexto de un proyecto político derrotado y una organización desintegrada.

Sin embargo, evidenciaron también la posibilidad de subvertir el mandato, ubicándose en una fisura sexo genérica en la que -al mismo tiempo- decidieron ser madres en contextos que -desde hoy- parecen poco propicios para ello, y desarrollaron estrategias para vivir esos maternazgos de formas no convencionales, desbaratando el modelo hegemónico y patentando la diversidad de experiencias maternas posibles.

PARA NACER HE PARIDO

“Para nacer he parido”, afirma Lagarde (2011), señalando que cada parto es el ritual simbólico que da origen a la verdadera mujer: la madre. Así, cualquier análisis del sistema sexo género hegemónico devela que el principal rol de la mujer es el materno, por el que cumple sagradamente su destino fisiológico y vocación natural, indica la filósofa y feminista francesa Simone De Beauvoir (2013).

La maternidad es naturalizada como si el destino biológico predijera esa condición futura para toda mujer, siendo la “madresposa” el modelo dominante señala Lagarde, sujetas que “están cautivas de y en la maternidad y la conyugalidad, con su entrega a cambio de un erotismo subsumido, negado, la filiación, la familia y la casa” (LAGARDE, 2011, p. 8). Sin duda es la Virgen María la encarnación simbólica ejemplar de este cautiverio,

una mujer que fue solo matriz, viviendo su sexualidad reproductora al tiempo que su sexualidad erótica era negada, en tanto procreó sin acto sexual de por medio, indica la autora.

La arraigada idea del instinto materno es sin embargo peligrosa, en tanto implica que no hay esfuerzo en esta tarea y niega la existencia de “malas madres”, que -en cambio- serían “malas mujeres” por carecer de este rasgo inherente a la hembra de la especie (LAGARDE, 2011). Esta naturalización se basa en creencias tan anquilosadas que, como señala la estadounidense Nancy Friday (1979), nos convencen de que solo sentiremos paz y estaremos completas al cumplir de una u otra forma con este llamado instintivo para el que - sin embargo- debieron educarnos, cuestión que encubre las complejidades de las maternidades reales, así como la posibilidad de no sentir estos deseos, asumiendo que:

(...) hemos nacido madres, que una vez seamos madres querremos a nuestras hijos de una manera automática y natural, y que siempre haremos lo que más les convenga. Si tú crees en el instinto maternal y fallas en el amor materno, has fracasado como mujer. Es una idea (...) que nos sujeta como con garra de hierro (FRIDAY, 1979: 28).

Sin embargo, esta *garra de hierro*, no es una constante en la historia de las mujeres, sino producto socio-cultural de los tiempos modernos (FRIDAY, 1979: 31). Un rol que se hizo preponderante en el siglo XIX y XX, señala la historiadora Mary Nash (2010), sacralizándose tardíamente con el desarrollo de la familia burguesa basada en la complementariedad que asoció a la mujer con la esfera doméstica y a los varones con la pública, como bien explica la antropóloga peruana Norma Fuller (2001).

Esta autora señala cómo esta división arbitraria exaltó el valor de la madre al excluir a las mujeres de las fuentes más relevantes de poder, recursos y prestigio mediante el control de su reproducción, como fuente de arreglos económico que las sobrecargaron con tareas domésticas y la responsabilidad de la crianza y el bienestar de la descendencia (FULLER, 2001). Con ello, capitalismo y patriarcado se potenciaron, dicotomizando las esferas sociales y relegando a las mujeres a lo privado, espacio de menor valor e invisibilizado.

La filósofa y feminista Elizabeth Badinter (1981), confirma esta historicidad al revisar las prácticas de crianza en las ciudades francesas y europeas durante los siglos XVI a XVIII, época en la que las clases altas enviaban a los recién nacidos al campo para criarse con nodrizas. O al analizar cómo las teorías reforzaron la naturalización de este rol, por ejemplo cuando el psicoanálisis de Sigmund Freud enfatiza el vínculo madre-hijo y propone un modelo familiar basado en la división de esferas: madre-afectos, padre-autoridad.

Ello se sustenta en una mujer que requiere procrear para sublimar la envidia por la inexistencia del pene, la que de no sublimarse la transformaría en una enferma, con rasgos viriles como la independencia, iniciativa, ansias de poder o de tener una carrera, síntomas que la calificarían de “inmaduras” o “incompletas”, señala Kate Millet leyendo a Freud (1995).

Las maternidades, entonces, lejos de ser naturales, son constructos socioculturales reforzados por teorías que reproducen la desigualdad entre hombres y mujeres, organizadas por normas desprendidas de grupos sociales específicos en épocas definidas de la historia, y que se compondrían de discursos y prácticas sociales que confirman un imaginario complejo, siendo a la vez fuente y efecto del género, explica la cientista social mexicana Cristina Palomar (2005).

La autora añade que este imaginario se sostendría en dos elementos centrales: el instinto materno y el amor maternal, como cuestiones indiscutibles que -sin embargo- quedan desmentidos al contrastar con las diversas maneras de vivir las maternidades que han existido en distintos momentos históricos y en contextos geográficos y culturales diversos (PALOMAR, 2005).

Así, la historia de las mujeres y la teoría feminista, han constatado la inexistencia del instinto materno, en tanto al historizar las maternidades, se evidencia que el cuidado no es una tarea que todas hayan cumplido por igual, ni que todas desearan por haber nacido hembras. Por tanto, la “buena madre” no es una figura universal sino un producto de prácticas sociales específicas, señala la psicoanalista británica Parveen Adams (1994), y que lo único común a todas estas experiencias concretas serían criterios normativos que hacen “recaer la responsabilidad del bienestar del hijo sobre la mujer y dan recetas para el comportamiento maternal” (LAMAS, 2001: 14).

Por ello, la teórica feminista estadounidense Adrienne Rich, diferenció -ya en los ochenta- lo que implica la maternidad como experiencia potencial y diversa de mujeres concretas, y la institución rígida impuesta de manera arbitraria, cuyo objetivo es que este potencial se cumpla y así todas las mujeres permanezcan bajo el dominio masculino (RICH, 1986: 47).

Para distinguir así dos ámbitos que se mezclan en las maternidades como si fueran uno solo -lo biológico y lo cultural-, la antropóloga mexicana Marta Lamas (1986a; 1986b) diferencia entre la maternidad (del inglés *motherhood*), para referirse a la gestación y al parto, labores exclusivas de quienes nacieron hembras; diferenciándola del maternazgo (*mothering*), que refiere a las responsabilidades no biológicas de la crianza y el cuidado de hijos e hijas,

tareas que pueden cumplir hombres y mujeres de maneras indiferenciada con una educación que así lo promueva.

La maternidad, entonces, encubriría dos labores que pueden diferenciarse - maternidad y maternazgo-, siendo un conjunto de hechos por lo que se reproduce la sociedad y la cultura y “por medio del cual las mujeres crean y cuidan, generan y revitalizan, de manera personal, directa y permanente durante toda la vida, a los otros, en su sobrevivencia cotidiana y en la muerte” señala Lagarde (LAGARDE, 2011: 268) , siendo así una tarea que -a diferencia de lo exclusivamente biológico: gestación, embarazo, parto y, quizás, la lactancia- se prolonga por la vida entera de la mujer-madre.

Reflexionar en tono a los maternazgos como una práctica cultural con una amplia gama de posibilidades, implica desarmar el modelo mujer=madre, asumiendo que no existe el mito del amor materno de la cultura occidental moderna, como sentimiento ahistórico, universal, propio de todas las mujeres, o de la naturaleza femenina (ÁVILA, 2004). Sino que han existido formas heterogéneas de enfrentar las responsabilidades de la crianza, según los contextos en los que se encuentran mujeres y varones situados, como se constata en las experiencias de las militantes del MIR.

LAS SUBVERSIONES DE LAS “MALAS MADRES”

“Todas las mujeres son malasmadres. porque ninguna de ellas puede por sí misma cubrir real y simbólicamente los requerimientos maternos de las otros” (LAGARDE, 2011: 726), evidenciando la brecha que existe entre los maternazgos reales y la maternidad idealizada, tarea imposible de cumplir al ser un ideal que, según Lagarde, no incluye la idea de persona ni de humano, puesto que toda su subjetividad se reduce a ser madre (2011).

Las madres, entonces, no son mujeres, si no un acercamiento -siempre fallido- a ese ideal inalcanzable, especies de personajes de una comedia que nunca será convincente porque sistemáticamente cometerán algún error al compararse con la utopía. Por ello la autora mexicana señala que:

Malasmadres son las mujeres cuya maternidad atenta y critica en acto los estereotipos dominantes de la maternidad, de la institución maternal y de la madre. Las fallas, el desamor, la falta de cuidados, y las agresiones no aprobadas, constituyen evidencias de que ciertas madres no pertenecen al ámbito correcto del universo. Para las diversas ideologías dominantes las malasmadres se ubican en la maldad y en el pecado, en la disfunción y en la anomia, o en la sinrazón, en la locura (LAGARDE, 2011: 727).

Con *maternidades fallidas*, entonces, señalamos el fallo en que incurren todas las mujeres en este intento de alcanzar la maternidad idealizada hegemónicamente, que -al no poder lograrse- solo produce fallos continuos.

En el caso de estas militantes, encarnaron -todavía más- a las malasmadres, alejándose radicalmente de este ideal al anhelar para sí proyectos propios más allá de la gestación y crianza como destino único, transgrediendo con ello un sistema sexo género binario y dicotómico.

Esta transgresión se acentúa cuando -a pesar de parir, y muchas de ellas tras una decisión- los descendientes no se transforman en la prioridad de sus existencias, siendo pospuestos por las labores de la revolución e incluso dejándolos al cuidado de otras personas que sustituyeron las labores de maternazgo para dedicarse por entero a labores partidarias y riesgosas.

Con esta elección estas mujeres incurrieron en abandono de deberes que para Lagarde implica la muerte de una parte fundamental de ellas: “mutilar la maternidad de la vida propia de la mujer, y la realización de la pérdida deseada del hijo. Para la madre, el abandono del hijo es una muerte real y simbólica de una parte de sí misma, debido a la definición básica de la maternidad sobre la feminidad” (LAGARDE, 2011: 733).

Al mismo tiempo, y aún cuando hayan renunciado a cuidar cotidianamente a los hijos e hijas que tuvieron, mantuvieron la posibilidad de vivir maternazgos diferentes al ideal materno, convirtiéndose en agentes molestos, inaceptables, en tanto optaron por “otras actividades a las domésticas, otro territorio a su casa, otra plenitud que la matemoconyugalidad” (LAGARDE, 2011:727).

En esta contradicción constante estas militantes siempre se encontraron en falta, ya fuera por no lograr parir futuros “hombrecitos nuevos”, parirlos y luego estar ausente de sus cotidianidades, o por no cumplir cabalmente con las exigencias de la revolución dadas sus responsabilidades de maternazgo.

Siempre en falta respecto del ideal, siempre fallidas, se constituyen en un ejemplo de “malasmadres”, constatando que las posibilidades de ejercer los maternazgos son múltiples y vinculados con los contextos en los que las mujeres se encuentran insertas, desmitificando LA maternidad como una cuestión dada, unívoca, universal e idealizada.

¿Y NOSOTRAS? DEJAR A LOS HIJOS POR LA CAUSA

máximo líder Miguel Enríquez en 1975, y la consiguiente y masiva salida del país de una parte relevante de sus cuadros políticos, ya fuera huyendo de la represión, ya expulsados tras la prisión política.

Ante esto, la Dirección Política definió la Operación Retorno, proyecto que sostuvo la necesidad de una arremetida contra la dictadura, lo que implicó una preparación militar previa de los cuadros del exterior, para luego retornar clandestinamente a Chile, con la convicción que serían vanguardia del proceso de resistencia y derrocamiento de la dictadura pinochetista.

Este mandato de la jefatura orgánica, agudizó las contradicciones de sexo-généricas al interior de la militancia, en tanto los testimonios señalan que quienes se sumaron en un primer momento al retorno fueron principalmente varones. Muchas de las parejas habían tenido descendencia antes del Golpe Militar o posteriormente, y fueron las mujeres - siguiendo la lógica del patriarcado- quienes se quedaron a cargo de los infantes (VIDAURAZAGA, 2006; AGUILÓ, 2010).

Sin embargo, al poco tiempo algunas militantes en el exilio europeo, plantearon sumarse al llamado para liderar las filas de la resistencia en Chile. Ello requirió pensar, primero de manera individual y luego colectivamente, qué hacer entonces con los infantes. Así, surgió el Proyecto Hogares, espacio colectivo arraigado primero en Europa y luego en Cuba, en el que una parte de la militancia quedó a cargo de los hijos e hijas de quienes decidieron regresar, transformándose en “padres sociales” como parte del trabajo partidista.

Esta solución de crianza colectiva partidaria no fue solo una idea del MIR. Ya antes se había usado en otros grupos revolucionarios, y en el mismo periodo Montoneros de Argentina tenía también a los hijos e hijas de la militancia en un hogar en La Habana (ARGENTO, 2013; CROATTO, 2016). Para la militante Carmen Castillo este proyecto dio una respuesta colectiva de la organización a

la cuestión de la familia, de los hijos y de cómo criarlos, la revolución estaba en su punto álgido y decíamos entonces: 'somos madres y no queremos ser excluidas del compromiso militante, queremos volver a Chile para recuperar lo que nos pertenece y que no sean sólo los hombres los que respondan a la llamada' (CASTILLO en GHIO Y DIPIERO, 2013).

Esta otrora mirista señala, desde el presente, que esta decisión presentó mayores dificultades para las mujeres, señalando en una entrevista:

Para nosotras, dejar a nuestros hijos era un gesto necesario, pero no los abandonamos: los dejamos a todos juntos, para poder pasar dos años construyendo una estructura de resistencia a la dictadura militar. Los confiamos a hombres y mujeres militantes que los cuidaron, primero en Bélgica y después en Cuba. Después llegó la derrota y para muchos de estos niños, llegó también la muerte de uno o de los dos padres... y el abandono para siempre (...) En aquel momento, interiormente,

yo no tenía elección y este desgarró sólo lo hemos vivido las mujeres (CASTILLO en GHIO Y DIPIERO, 2013).

Gladys Díaz, una de las dirigentas más relevantes de esta orgánica -y quien ya era reconocida durante la Unidad Popular por liderar el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), y luego alcanzó el nivel del Comité Central, el más alto al que llegaron las miristas-, recuerda que este proyecto nació como:

una “cosa pro mujeres (...) era permitir que las mujeres no por su maternidad, dejaran de acompañar a los hombres en el proyecto de retorno, porque lo que estaba pasando era que todos los hombres retornaban solos y se emparejaban con otras mujeres (...) eso era una cosa muy sentida de las mujeres” (Entrevista personal).

Así, el Proyecto Hogares permitiría que la crianza de los hijos e hijas -hasta ese momento un tema individual o de las parejas- fuera una responsabilidad colectiva que la organización atendiera, posibilitando con ello la participación a tiempo completo de las militantes que quisieran sumarse al retorno.

Algunas de quienes decidieron ser parte activa de la Operación Retorno dejaron a sus hijos en esta solución partidaria, otras con compañeros en Cuba o con las familias sanguíneas en Chile. En todos los casos la determinación fue un momento duro para quienes aspiraron a participar de igual a igual que sus compañeros varones, y -al mismo tiempo- sintieron la dificultad extra de ser mujeres en una sociedad sexista que asumía que ellas eran las principales responsables de la crianza.

Carmen se separó de su hija más de una vez. La primera fue cuando en 1975 -estando embarazada y en clandestinidad junto a su hija, su pareja Miguel Enríquez y la hija de él- ambos militantes decidieron que las niñas debían irse a Cuba porque corrían peligro. En su libro recuerda sobre la partida de las niñas:

todavía no llegaba el momento de llorar y entristecerse. Pero era imposible engañarlas a ellas; veían la emoción retenida de tu rostro, la torpeza de mis movimientos, el desamparo de mi expresión. Por más que nos dijéramos que esto es lo razonable, que no había opción, y que éste era el mejor paso, el desgarró nos roía” (CASTILLO, 2013: 15).

Y luego se refiere al día de la partida de su hija recordando: “sentada en mis rodillas, bien estrechada en mis brazos, pequeña mía, preguntaste por qué no nos íbamos todos juntos... quería todas esas promesas de felicidad en la Isla de los niños, pero quería tener con ella, a su lado, a sus padres” (CASTILLO, 2013: 18). Dos años luego de esta separación, y ya reunidas en Francia, Carmen decidió dejar nuevamente a su hija Camila de 6 años en Cuba, a cargo de la familia paterna de la niña y compañeros de militancia. Había logrado refugiarse en Europa, luego de estar al borde de la muerte con un embarazo avanzado tras el tiroteo en el que su pareja fue asesinado. Aunque logró recuperarse, el hijo de ambos nació en

muy malas condiciones, muriendo prontamente. En su testimonio, recuerda esta decisión y los años separada de su hija de la siguiente manera:

puesto que ya no ponía en riesgo mi vida, podía dedicarla al trabajo militante. Testimoniar sin descanso, ya no conseguía ser madre. En 1977 dejé que Camila se fuera a La Habana. Tenía 6 años y abrazaba a una vieja muñeca de trapo. No regresaste a mi lado, Camila, hasta el día de tus 17 años. Creciste escribiéndome cada noche cartas para conjurar la distancia. Yo respondía esquivando, arrastrada por esa necesidad de navegar lejos de las obligaciones, para reencontrar aunque fuera por un momento *la ilusión de una vida de mujer y de militante* (CASTILLO, 2013, el destacado es nuestro).

La ilusión de una vida de mujer y de militante, que Carmen había perdido, es lo que la lleva a definir dejar a su hija. No retorna a los peligros de la clandestinidad en Chile, y -sin embargo- siente sobre su espalda la responsabilidad de convertirse en vocera de la violencia dictatorial, como pago mínimo por haber sobrevivido.

Si ya no ponía en riesgo su vida, al menos dedicarla por completo a la causa por la que su compañero y otros tantos la perdieron. Así, la determinación de dejar a los hijos e hijas, era una confirmación de coherencia revolucionaria, demostrando que el sacrificio de quienes habían muerto no era en vano, y que continuaba a través de otros cuerpos, no importando los costos.

Para la militante Teresa Izquierdo la decisión de dejar a su hijo pequeño fue mucho antes de la Operación Retorno, al comenzar la dictadura pinochetista y tras la detención y desaparición de su pareja y padre del pequeño. Dejarlo, aun habiéndolo deseado y planificado, fue su manera de mantener el compromiso contraído con su compañero y la organización, puesto que ser madre no tenía sentido si no se era una madre revolucionaria: “la maternidad no la entiendo fuera de la lucha, fuera de la situación de tantos otros niños. El privilegio, el único privilegio de mi hijo, es tener padres que han aspirado y luchado por mejores condiciones de vida por una sociedad diferente que es para él” (IZQUIERDO Y JIMÉNEZ, 2015: 135)³. En una carta que le escribió a su esposo, le señaló lo siguiente:

Seguí tras tus huellas tomando las responsabilidades que me dejaste. Esa es otra manera de estar contigo, seguir combatiendo. Me separé de nuestro hijo Manuel y lo entregué a mi familia. La otra alternativa era asilarme y renunciar a nuestros ideales. Lo hice, mi Socio querido, por el compromiso compartido. Lo hice, mi amor, con la tristeza infinita de estar sola, sin mi pequeña familia: Manuelito y tú, mi hombre, con tus 21 años recién cumplidos (Izquierdo y Jiménez, 2015: 71).

Esta misma militante, sin embargo, se negó a ser parte de la Operación Retorno años más tarde, justamente porque no estuvo de acuerdo en volver a separarse de su hijo, cuestión por lo que decidió dejar la organización, señalándole a su encargado que tenía “diferencias políticas, es cierto. Pero también tengo miedo. No quiero volver a ser torturada.

³ Teresa Izquierdo falleció en febrero de 2016.

Tengo un hijo. Tengo miedo” (IZQUIERDO Y JIMÉNEZ, 2015: 144 - 145).

Negarse a cumplir con el llamado a re-concentrarse primordialmente en la lucha dejando por ello a los hijos, significaba ponerse en contra de la dirección del Partido, cuestión por la que muchos fueron expulsados. En su testimonio, Teresa reflexionaba respecto de la militancia de ese momento: “¿te corresponde integrarte a la lucha o mirar desde fuera? Y la consigna: 'Tus hijos, mis hijos, son nuestros hijos'. Yo no me manifesté con fuerza por el sí. Pero tampoco me opuse. No me atreví a decir lo que pensaba: *que esto debía ser una posibilidad voluntaria*” (IZQUIERDO Y JIMÉNEZ, 2015: 151, el destacado es nuestro).

La frase final que indica que el retorno en estas condiciones *debía ser una posibilidad voluntaria*, indica -justamente- que no lo era, y que oponerse a este llamado implicaba sanciones, por lo que estas decisiones no fueron tomadas con total albedrío, sino con la presión de cumplir los mandatos militantes que en ese momento histórico fueron explícitos.

Gladys también se negó a dejar a su hijo en el Proyecto Hogares. Ya a inicios de la dictadura lo había encargado a la familia de ella al verse cercada por la represión y luego ser detenida y encarcelada, para finalmente reunirse con el niño en el exilio europeo. Para ella, esos años de distanciamiento con el pequeño fueron un dolor irrecuperable, por lo que señala: “los dos años que yo estuve separada de mi hijo, tuvieron un costo gigantesco en la relación de nosotros dos (...) y yo creo que mi hijo no me lo perdonaba eso, entonces yo no lo iba a dejar de nuevo... no, eso yo lo tenía clarísimo, y yo lo planteé en el Comité Central” (Entrevista personal).

En ambos casos estas militantes tenían la experiencia previa de separarse de sus hijos, por tanto podían elegir sabiendo aquello a lo que se exponían, situación que no vivieron otras madres-militantes más jóvenes que habían criado en el exilio, donde la cotidianidad tuvo una posibilidad nuevamente.

Para estas últimas, la disyuntiva era sumarse a la ofensiva en Chile y continuar o incrementar sus niveles de compromiso militante, o renunciar a ello para poder cumplir con la crianza. En el caso de Soledad Aránguiz, esta decisión la tomó en 1979 con su esposo ya instalado en la Escuela de Guerrilla en Cuba y su segunda hija recién nacida, dejando a ambas pequeñas de menos de 3 y 1 año de edad en 1980. El momento de la decisión es recordado por ella de la siguiente forma:

Y empezar a decir sí, yo creo en la justicia, creo en la igualdad, yo creo en el MIR, creo en las cosas que levanta el MIR, creo en que hay que irse a Chile a pelear, y soy mamá, y eso es fuerte, pero *yo también soy esa otra*, y tengo que reconocerlo en mí y darme cuenta que es tan importante como esto otro. No es una cosa antes que la otra, son conjuntas, paralelas. No puedo ser la pura mamá y dejar de ser la militante

que ahora me doy cuenta que soy, ni al revés, ser la pura militante y decir que no me importa lo que pase. *Soy las dos*, pero las dos me importan y *las dos no pueden dejar de ser*. Y tengo que buscar un punto intermedio, algo más o menos equilibrado que no me signifique sacrificar absolutamente a ninguna de las dos, como cosa estratégica, porque igual había renunciado que iban a ser temporales, en este caso el tema de la maternidad (VIDAURRAZAGA, 2006, el destacado es nuestro).

En este testimonio se evidencia la tensión vivida por estas mujeres, llevadas a elegir -supuestamente de manera momentánea, aunque para muchas fue definitivo con la llegada de la muerte- entre criar a hijos e hijas o cumplir con las exigencias de la militancia a tiempo completo y el llamado urgente de la revolución. Algo que vivieron de manera escindida dada la dicotomía entre lo personal-individual y lo colectivo-público replicado en la moral militante de esta orgánica y en la Nueva Izquierda latinoamericana del periodo (VIDAURRAZAGA, 2012). Por ello la insistencia en sentirse dos personas diferentes, dividida entre una y otra opción que resultaban irreconciliables así como eran entendidas en el periodo de la militancia.

La alternativa de posponer la maternidad fue entendida, como en este caso y para muchas, como algo temporal, que permitía no renunciar al proyecto vital elegido: la revolución, que además era urgente y colectivo.

Soledad finalmente decidió que sus hijas vivieran con la abuela paterna en Chile para unirse al retorno en el que el padre de las niñas ya estaba embarcado haciendo escuela de guerrilla en Cuba.

Esta renuncia no se decidió solo una vez, cuestión recurrente en los testimonios de las militantes. Al reingresar a Chile, alrededor de un año más tarde de esta separación, esta pareja decidió vivir nuevamente con las hijas en clandestinidad, cuestión que mantuvieron durante alrededor de un año cuando volvieron a dejarlas con la abuela por razones de seguridad. Esta nueva separación se vivió con dolor y constantes cuestionamientos acerca de si se hacía lo correcto, preguntándose a sí misma:

¿está valiendo la pena todo esto, vale la pena que les haga pagar el costo mis hijas. Qué ellas vivan si mí, que les estén pasando montón de cosas y yo no sepa, que a lo mejor no voy a verlas en no sé cuántos años? (...) ¿Y si lo mejor el puro Ignacio estuviera metido en esto y yo no, yo me fuera? (VIDAURRAZAGA, 2006)

Ante estas dudas, Soledad se auto convencía de que estaba en lo correcto al priorizar el proyecto político, reflexionando de la siguiente manera:

repetirse el discurso, que tus hijas, tu cariño son importantes, y tienes derecho a sentir todas estas cosas. Pero *los que estamos en esto, los que nos creemos revolucionarios, los que seguimos a los grandes personajes de la historia como el Che, como Fidel*, tenemos que sobreponernos a estas cosas. A lo mejor ellos igual vivieron lo mismo y se sobrepusieron. Yo también tengo que ser capaz y sobreponerme. Ser capaz de *ser menos egoísta* y pensar que yo igual estoy haciendo cosas por ellas, y que tampoco estoy en una situación en que las niñas estén mal, no tengan comida, no tengan ropa, no tengan cariño. Están bien, dentro de todo, están

bien. Tampoco puedo buscar subterfugios o argumentos para *mis contradicciones, mis debilidades, mi egoísmo* (VIDAURRAZAGA, 2006, el destacado es nuestro).

Llama la atención de este testimonio, cómo las comparaciones se hacen con varones revolucionarios, quienes sin dudas no vivieron estas contradicciones, o al menos no en la misma magnitud, por lo que esta resulta paradójica e imposible de realizar. Además, el género utilizado para referirse a ella -subsumiéndose en el colectivo de la militancia- es masculino: *IOs que estamos en esto, IOs que nos creemos revolcionariOs, IOs que seguimos a*. El masculino devela justamente esa tensión entre las demandas de género impuestas y las exigencias de la moral militante y la orgánica, y -al asumir el masculino colectivo- son éstas las últimas las que priman.

Para esta militante, la tensión producida por lo privado, las emociones, aquello individual que Nicolás Casullo llama irónicamente esas cuestiones sin importancia (2007), son demandas y deseos a las que no debe atender en tanto las entiende como *egoísmo, debilidades, contradicciones* ante las que tenía que dar su propia lucha interna, al mismo tiempo que luchaba por derrocar a la dictadura.

Cuestiones que no tiene lugar en la revolución por más que asalten constantemente a los seres humanos que dedican su vida a concretarla, germen del individualismo pequeño burgués que debía desterrar para mostrar que era tan revolucionaria como los referentes varones que nombra: El Che, Fidel (VIDAURRAZAGA, 2015).

En el caso de la militante Miryam Ortega, vivían con su pareja en el exilio en Cuba, cuando el padre de los tres hijos de ambos le informó intempestivamente que se integraría a la Escuela de Guerrilla para retornar a Chile. Ante ello, esta mirista lo interpeló de la siguiente manera: “¿quien te va a cuidar los niños? Porque yo también quiero volver a Chile, o sea, mi objetivo no es quedarme en Cuba cuidando hijos” (Entrevista personal).

Con esta respuesta inesperada, el esposo le respondió que él cumplía órdenes de partido, “bueno (...) pediré una reunión con el partido, porque yo no me voy a quedar con todos los hijos aquí en Cuba y si yo me quedo ahora, no salgo más” (Entrevista personal).

Tras esto, Miryam consiguió el apoyo de la orgánica para sumarse al retorno, ante lo que el padre de los niños dudó volver porque los pequeños se quedarían sin ambos progenitores en la isla, aunque finalmente ambos se unieron a la política de resistencia. Este fue un momento duro en que recuerda que: “podría haber retrocedido (...) no fue fácil, pero no estaba sola, las compañeras estábamos todas en esa parada, entonces nos apoyábamos hartito, yo creo que éramos una cofradía” (Entrevista personal). En su decisión, fue fundamental la convicción de que los infantes de 3, 5 y 7 años estarían protegidos en Cuba, país socialista que les daría educación y comida.

Dejar a los descendientes es descrito por estas mujeres, como una de las situaciones más desgarradoras de la militancia, resolución tomada sin asumir que la separación podía ser para siempre, posibilidad esquivada para continuar la cotidianidad de la excepción y el peligro.

María Inés recuerda la separación de sus dos hijos de la siguiente manera: “brutal po’, brutal, imagínate (...) yo no les puedo decir a ellos que estoy hecha pelotas, no, eso no se puede, tienes tú que enfrentarlo, si lo vas a hacer, hazlo como tenís [SIC] que hacerlo no más (...) es duro, es brutal, es brutal” (Entrevista personal). Para esta militante lo más duro fue pensar cómo se sentían sus hijos, quienes ya eran púberes, recordando que en ese momento: “ni siquiera (lo) pensaba como abandono, (...) que los estaba abandonando, nunca lo pensé, después me di cuenta que los había abandonado, pero había pasado mucho tiempo cuando yo tomé conciencia de eso, tomé conciencia cuando los encontré, en el fondo, pero antes no” (Entrevista personal).

Margarita Fernández, también decidió unirse a retorno, por lo que viajó desde Europa a Cuba tres meses antes de que el Proyecto Hogares se instalara ahí para conocer las condiciones en que quedarían sus dos pequeños de 5 y 2 años, mientras el padre ya se había unido al plan definido por la Dirección. Relata en su libro, en un apartado que titula “Mi maternidad fracturada”, cómo conoció el proyecto, y cómo la despedida y separación fue planificada, buscando ser lo menos traumática posible:

Se fijó la fecha para la reintegración al grupo que me correspondía. Serían tres días después, pero ya tenía mucho retraso. Tenía solo tres días para instalar a los niños en Tará y entregarlos al colectivo. El primer día los llevaría con un bolso de ropita, dormiríamos allí. El segundo día iría a buscar más ropitas y ellos quedarían con Tamara y el resto de los niños, al regresar me quedaría con ellos unas horas, durante la tarde, pero ellos dormirían allí, yo no. El tercer día iría a despedirme (FERNÁNDEZ, ET. AL., 2017: 72).

El día que los dejó con Tamara, la madre social del proyecto asignada para sus hijos, relata cómo el niño mayor no parecía comprender o querer entender lo que sucede, mientras la menor repetía “tú no te vas, tú te quedas mami” (FERNÁNDEZ, ET. AL., 2017:73), así como su caminata por la orilla del mar llorando sintiéndose vacía, describiendo de esta manera sus emociones: “Algo muy profundo y fundamental en mi vida se había escapado de mí, algo que me ha costado terriblemente recuperar y que sólo mis nietos han contribuido más inmensamente a sanar, aunque quedará siempre la estela de esa fractura” (FERNÁNDEZ, ET. AL., 2017:73).

Luego relata el último momento en que los ve, eligiendo para la despedida un día domingo en el que por la tarde partían niños y niñas en bus al internado en el que estudiaban,

señalando: “Era un trayecto alegre, cantado, con risas. Sería menos terrible para ellos. Solo sé que vi partir el bus y me prometí sobrevivir, volver a buscarlos en la primera oportunidad en que sintiera que era un poco más seguro ellos estar conmigo” (FERNÁNDEZ, ET. AL., 2017:82).

Arinda Ojeda, recuerda que ese momento preciso en que se alejó de su hijo en Cuba para retornar a Chile en el marco de este retorno fue desgarrador, “cuando me despedí del Javi todo fue muy bien, pero di la vuelta a la esquina y me senté a llorar. Cuando salí de la isla sentí como que me rajé, algo de mi cuerpo quedó abajo del avión. Es algo que yo no volvería a repetir” (Entrevista personal).

Patricia Flores estaba en el exilio europeo cuando decidió unirse a la Operación Retorno dejando a sus dos hijas de 7 y 8 años en el Proyecto Hogares de Cuba. Recuerda que fue un momento doloroso, triste y desgarrador y que la separación sucedió de la siguiente manera:

en el aeropuerto, la Valeska no se quería despedir de mí (...) y la Tanita lloraba pero se despedía, pero la Valeska, se puso a jugar a la pelota, ella debería haber estado más mal (...) yo creo que esos momentos fueron quizás los peores de la vida, no creo que haya habido momentos peores que esos” (Entrevista personal).

Cristina Chacaltana señala que no entiende cómo logró dejar a su hijo de dos años en el Proyecto Hogares si era muy aprehensiva, sobre todo luego de que el pequeño estuvo casi un año recuperándose de un accidente doméstico en Cuba, razón por la que ella dejó la Escuela de Guerrilla para dedicarse a los cuidados del infante.

Para esa militante, las conversaciones con mujeres nicaragüenses que vivieron experiencias similares la ayudaron a decidirse, lo que la fue “fortaleciendo, o tratando de entender por qué era mejor dejarlo. Yo sabía que era un crimen traerlo, y que iba a ser un fracaso si nos veníamos con él, era arriesgarse mucho” (VIDAURRAZAGA, 2006). El momento de la despedida es descrito por ella de la siguiente manera:

Yo lo único que pedía era que Germán estuviera durmiendo, porque si no, no iba a ser capaz de despedirme. Y tampoco me atreví a despertarle. Lo que sí recuerdo siempre es que estaba con su mosquitero, porque hacía mucho calor, estaba desnudito y yo lo besaba de los pies a la cabeza, para arriba y para abajo y lo único que pensaba era 'Dios mío, que no despierte' (...) Mario y yo íbamos sin pronunciar ninguna palabra, no podíamos hablar en ese momento, si lo hacíamos nos íbamos a poner a llorar y ya íbamos rumbo al Aeropuerto (...) Me dijeron que estuviera tranquila, que íbamos a ir en distintos asientos (...) Y parte el avión y yo me pongo a llorar, tenía que llorar despacio. Y lloraba y lloraba, y el Gigi miraba (...) (yo) lloraba y lloraba. Y al Gigi se le caían las lágrimas (VIDAURRAZAGA, 2006).

Cecilia Radrigán, ya retornada clandestinamente a Chile a inicios de los ochenta e integrando la Fuerza Central del MIR, responsable del trabajo militar de la resistencia, decidió junto a su compañero embarzarse en ese contexto, contemplando desde el inicio de la

gestación la posibilidad cierta de tener que entregar al pequeño a la familia para que lo criara. El momento en que finalmente esto se concretó es recordado por ella de la siguiente forma:

yo tengo su cara, nunca se me ha olvidado su cara, de cuando yo se lo paso a mi hermana y lo abrazo y lo beso, y él se da cuenta que lo están subiendo, que él se queda arriba y nosotros abajo y decía 'mamá', 'papá', yo me recuerdo de esa foto que tengo aquí en la mente y me parte el alma, lloramos, con el Negro, lloramos tanto toda la noche, los dos abrazados llorando, y ahí peleé con él, le dije 'viste hueón por eso no quería tener hijos' (Entrevista personal).

El dolor expresado en estos testimonios devela estas separaciones como uno de los más duros de las militancias femeninas, cuando las emociones personales debieron borrarse de cuajo para dedicarse por entero a la causa revolucionaria. Solo la convicción de que el proyecto colectivo valía la pena que estaban viviendo, pudo ayudarlas a sobreponerse para continuar, y sobrellevar distanciamientos que -en muchos casos- fueron un hasta siempre.

LOS REENCUENTROS

Las separaciones fueron dolorosas, y los reencuentros difíciles, porque lo que para las militantes eran paréntesis, para los niños y niñas -sobre todo los más pequeños- significaba incluso olvidarlas como progenitoras. Nubia Becker recuerda en su libro respecto de sus hijas ante su ausencia:

la Angélica lloraba solita y callada todas las noches, (...) la Barbarita tomó un poco las riendas”, añadiendo sobre su hija menor que “una vez que salí de la cárcel, se le había ido irremediadamente mi imagen anterior. No me conoció como la de antes. Me dijo como tratando de entender: ¿Tu eres la otra mamá, que se fue a Mehuin? (ROJAS (seudónimo de Becker), 1988).

Gladys también relata como -al reencontrarse con su hijo- comprendió la magnitud de las consecuencias que para la relación de ambos tuvo esta separación, cuando siendo todavía muy pequeño el niño se negaba a todo lo que ella le ofrecía: “mira la comida rica que te traje' 'no quiero comer', después iba y se lo comía solo ¿te fijas tú?, pero todo era no, no, no... 'te quiero llevar a comprar zapatos', 'no, no quiero zapatos” (Entrevista personal).

En el caso de Patricia Flores, ella viajó a Cuba a ver a las hijas durante ese intertanto, momento que recuerda:

cuando llegué a verlas, estaban durmiendo porque llegué como de noche y las desperté y la Vale me mira y me dice, 'estaba soñando con el vestido de novia que te casaste', chiquitita, y fue bonito ese tiempo, estuvimos harto juntas, hasta que otra vez nos separamos, la segunda separación fue como menos traumática” (Entrevista personal).

Cinco años estuvieron separadas, hasta que Patricia viajó nuevamente a Cuba para traérselas a Chile, cuando ya había tenido su tercer hijo y el Proyecto Hogares se desintegraba. Ahí se dio a la tarea de convencerlas para que dejaran Cuba y regresaran con ella, cuestión que hicieron aunque finalmente las niñas se quedaron viviendo junto al hermanito pequeño con la abuela, porque Patricia regresó a sus labores militantes de tiempo completo: “tuve que hablar, convencerlas, ya no era como cuando chiquititas que les decía no más, pero bueno confiaron y se vinieron y yo volví a separarme de los tres” (Entrevista personal).

En el caso de Cecilia su hijo pequeño la rechazó al volver a verla una vez estando encarcelada, diciéndole “tonta, fea”, ante lo que ella le dijo a la familia que debían llevarle el niño a la visita a pesar de las resistencias y pataleos, con el fin de recomponer la relación con él. En una de las primeras visitas a la cárcel, ella le contó una historia para hacerle entender lo que ambos estaban viviendo:

Le empiezo a contar un cuento, iban pasando un montón de hormigas, viste que las hormigas van pasando en filita, entonces yo les corto el camino, (...) 'mira Víctor esta es una familia, entonces andan todos juntitos, si yo hago esto la familia se desparrama y se va cada uno para su lado, eso fue lo que pasó con nosotros, vinieron otras personas que son malas, malas, que no nos quieren ver juntos, que no quieren que nos queramos, que no quieren que nos demos besitos y nos cortó el camino, y por eso tú no quieres nada conmigo, la Yiya está triste, el Tata está triste porque fueron otras personas malas, malas que intervinieron' y me queda mirando así '¿y que más?' Y ahí empiezo a contarle un cuento, pero que eso se puede reconstruir, que pasa el tiempo, pero eso se puede volver nuevamente a formar y 'tú cuando vengas la próxima vez te vas a dar cuenta que están normales', a la visita siguiente no fue, a la subsiguiente tampoco y cuando fue la tercera, me dijo 'vamos a ver a la familia que esta allá atrás' y fuimos, y claro estaban las hormigas, entonces me queda mirando y yo estoy agachada así a la altura de él y me abraza (Entrevista personal).

Para Soledad, el primer reencuentro fue un año después de separarse en Bélgica, cuando sus hijas ya tenían 4 y 2 años, y en el que solo su hija mayor la reconoció mientras la segunda se quedó en brazos de su abuela. Entonces Soledad recuerda cómo la primera hija le explicaba a su hermanita: “no le tengas miedo a ella, ella es nuestra mamá, Katia, y tú tienes que quererla”.

Tras unos días de haber regresado a Chile, Soledad vio una señal que le indicó que su segunda hija volvía a aceptarla como madre “la cosa es que yo trataba de mudar a la Katia y no me dejaba, y la señal para mí fue que una vez llegó con el pañal en la mano” (Entrevista personal).

Miryam también se reencontró con sus tres hijos, entre los que también fue su hija menor quien la desconoció, según relata: “ellos decían ‘mi mamá’ y qué sé yo, súper cariñosos los dos y ella como si nada, y de repente dijo 'Ah, tú eres mi mamá', y ella siempre

me dice, 'cuando mi mamá se rió reconocí lo de las grabaciones' (...) ella no tenía el recuerdo" (Entrevista personal).

Los maternazgos de estas mujeres difirieron mucho de los hegemónicos. El cuidado infantil dejó de ser una responsabilidad cotidiana y constante por periodos a veces muy largos, en los que la militancia era lo prioritario y ambas responsabilidades resultaban contradictorias tal como estaban planteadas por los mandatos de sexo género y partidarios.

Las dificultades y dolores que resultaron de estas decisiones no terminaron con los reencuentro, ni siquiera cuando estos fueron definitivos. Los testimonios evidencian cicatrices que se mantienen hasta la actualidad, aun cuando desde hoy puedan mirarlas con mayor distancia. Margarita expresa muy bien aquello cuando inicia su relato señalando:

Escribo sobre todo para ustedes, mis hijos, que vivieron las consecuencias de mis decisiones y aún tienen preguntas que no son sencillas de responder en una conversación de sobremesa. Hacerlo es contribuir, en parte, a reparar los daños vividos, pedir perdón por los costos y agradecer esa renovada indulgencia que Merle desde ustedes para mirar a la madre que les tocó (FERNÁNDEZ, ET. AL., 2017:19).

La opción por la militancia, que se entendía como circunstancial y temporal, significó posponer el maternazgo común, y sin embargo no significó que no realizaban estas tareas, sino que la hacían de otra forma, mucho más parecida al rol que los padres tienen en la sociedad de esa época, una figura relevante, omnipresente, pero lejana.

Así, estas mujeres continuaron siendo las madres de sus hijos e hijas, pero de manera diferente a la socialmente establecida, prescindiendo de la crianza cotidiana y siendo más bien ejemplos lejanos que esos niños y niñas querían emular, y con las que -cada tanto- había un contacto más directo.

LA MIRADA DE LA REPRESIÓN

La dificultad emocional de dejar a los hijos para priorizar por al trabajo político fue acentuada por una norma de género que podía aceptar cambios en las mujeres pero nunca que cuestionaran la maternidad hegemónica. Transgredir este mandato, les significó tensiones en el momento y posteriormente con sus hijos, y también juicios por parte de los represores quienes aprovecharon esta debilidad para hostigarlas.

Ello, se profundizó en un régimen dictatorial que acentuó la desigualdad de sexo-género como cuestión natural y deseable, asumiendo que las mujeres eran las encargadas del hogar y la crianza y los varones los jefes de familia.

Así, el peligro que corrían los hijos era exacerbado por los represores y usado como amenaza en la tortura, sin que ellas pudieran constatar la veracidad de estos dichos.

Nubia recuerda que al ser torturada a inicios de la dictadura en el Cuartel Villa Grimaldi, pensaba:

Que a mi niño no le hagan nada... ¡por Dios!, ¡Nada! No hablaré. Pero... no, que no lo toquen, que no lo aterricen! ¿Cómo lo haré para que no lo toquen? ¿Cómo voy a hablar ... después que he resistido tanto! No, no podré resistir! ... Si yo muero, se acaba el riesgo. Pero, ¿cómo morir?" (ROJAS (seudónimo de Becker), 1988).

Cuando Carmen cayó baleada en 1975 junto a Miguel Enríquez con un embarazo avanzado y por ello fue hospitalizada, Miguel Krassnoff Martchenko, uno de los oficiales militares represores que se dedicó a combatir al MIR específicamente, la visitó y le dijo:

¿Qué carajos hace una mujer como tú en el MIR? ¿Qué es lo que te atrae? Lo que no entiendo es que estando embarazada te expusieras así. ¿Acaso no quieres ver a tus niñas? ¿Por qué las abandonaron en la embajada?", agregando en una visita posterior -cuando ella por fin consiguió refugio en Europa-: "ahora que tu partida es un hecho, aprovecha tu suerte. Ocupate un poco de tus niñas. *Sé una verdadera madre, rehaz tu vida, vuélvete una mujer como las demás* (CASTILLO, 2007: 103).

En estas frases finales, *sé una verdadera madre, vuélvete una mujer como las demás*, se resume la visión patriarcal de la sociedad en general y de la dictadura militar en particular, para quienes estas militantes no eran verdaderas madres y, por tanto, no podían ser verdaderas mujeres, puesto que una mujer debía ser ante todo madre, ocupándose de sus hijos y no dejándolos para concentrarse en las tareas militantes.

Soledad recuerda que al caer detenida en 1984, uno de los temas frecuentes para torturarla fue la decisión de haber dejado a sus hijas a cargo de la abuela, cuestión que la angustiaba, y que los agentes le decían:

y dale con esto de que tú las dejaste. Y cómo tú te separaste y estaban ellas acá. Terrible. Te dan tupido y parejo. Saben que eso es fuerte para uno, que no tiene explicaciones ni nada. Qué explicaciones vas a tener con alguien del otro lado, si no tienen ninguna explicación ni para qué estés metida en lo que estas" (Entrevista personal).

La vinculación entre tortura y maternidad fue constante, porque los represores tenían una idea estereotipada de lo que eran estas mujeres que preferían la militancia a la maternidad, señalándole: "'cómo no vas a tener hijos, si todas tienen hijos', me decían, 'ustedes son buenas mozas, tienen plata, tienen todo y se dedican a la revolución. Son muy maracas ustedes' y empiezan a insultarme", recuerda Soledad (VIDAURAZAGA, 2006).

En el caso de Cristina nunca supieron que había tenido un hijo, puesto que el niño nació en el exilio y se quedó a los dos años en Cuba, pero le preguntaban insistentemente en la tortura si era madre, ante lo que Cristina siempre dijo que no, pensando que era la mejor manera de proteger a su hijo, momento que relata de la siguiente forma: "me dijeron que mi marido era fleteo, que no se la podía, que nosotras éramos mujeres frustradas, porque no

teníamos hijos. La idea era dejarte moralmente por el suelo. A mí me dio pánico decir que tenía hijos, recién para mi defensa hubo mención de Germán” (Entrevista personal).

En el caso de Arinda, quien cayó detenida a inicio de los ochenta, post Operación Retorno, también la tortura se vinculó con cuestionar su calidad como madre:

primero me pegaban por puta, me pegaban por madre desnaturalizada, me pegaban por estar metida en cosas de hombres, y al final me pegaban por la huevada que había hecho, pero me pegaban también por esas tres cosas, por haber dejado botado al hijo, por meterme en estas cosas que no son para las mujeres, y por puta, porque según ellos nosotras las miristas éramos todas putas. Ellos tenían un dicho “las miristas son más peligrosas en la cama, que con un AKA en la mano”; eso me decían. Según ellos yo me había acostado con todo el mundo (Entrevista personal).

Así, la construcción artificiosa y estereotipada de combatientes hipersexualizadas y madres desnaturalizadas, funcionó para clasificar a mujeres que no cabían en la norma de género dominante, y que podían al mismo tiempo tomar un arma y gestar una vida, cuestión incomprensible para estas mentalidades conservadoras.

Esta mirada desde los organismos represivos no era excepcional, sino parte de una sociedad que observaba con extrañeza a mujeres que se salían radicalmente de la norma. Así, la revista argentina *Somos* de mediados de los setenta, fue un claro ejemplo de esta construcción artificiosa sobre las guerrilleras y sus maternazgos, indicando en un reportaje:

Biológicamente se ha demostrado que en toda la escala animal la hembra es pasiva y conservadora. Solo es agresiva cuando se trata de defender a sus crías. La mujer no escapa a esa tendencia natural (...) Las mujeres que llegan a abandonar a sus hijos y sus hogares en aras de la ideología que sostiene el terrorismo son *piscópatas* cuya enfermedad es más fuerte que el instinto ancestral (REVISTA SOMOS, 1976: 29).

En este texto es decididor que resulte tan incomprensible el que las militantes priorizaran el proyecto revolucionario antes que la crianza, que se patologiza una decisión política, aludiendo a una *enfermedad más fuerte que el instinto ancestral*, enfermedad por la que contravienen a la especie al abandonar lo procreado, incumpliendo con ello el mandato primigenio del sistema sexo género patriarcal. Esto, que era aceptable e incluso loable en el caos de los varones, era -en cambio- satanizado para ellas.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Elegir un proyecto para sí y trascender a través de esta elección, así como vivir maternazgos disonantes con el ideal hegemónico de la mater cristiana que todo lo puede, priorizando siempre por la crianza de los suyos, no fue fácil para mujeres socializadas bajo el cautiverio de madresposas, aun cuando a ello pudieran sumarle otro tipo de desarrollos

profesionales, laborales o sociales que las diferenciaron de la generación de sus madres y abuelas.

Así, quienes eligieron tener hijos y a la vez priorizar por la militancia, lo vivieron con cuestionamientos constantes propios y de quienes las rodearon, estando siempre en falta, a diferencia de sus compañeros. Ahí donde las madres hacían falta, los padres estaban tan ausentes como el resto de los hombres encargados de la autoridad, que no requiere cercanía, sino cumplirse.

Los testimonios de quienes fueron madres militando a tiempo completo y de manera profesional, en una organización como el MIR de Chile que fue político-armada y en el contexto de una dictadura sangrienta, revelan que para muchas el mayor costo de la militancia fue separarse de los hijos e hijas, lo que les acarrea cuestionamientos hasta el día de hoy, no igualmente compartidos por los padres.

Las culpas propias y los cuestionamientos externos, evidencian la diferencia genérica entre hombres y mujeres militantes, quienes no militaron en igualdad de condiciones, aunque el espejismo de la excepcionalidad así lo hizo parecer por un tiempo reducido y a costa de sí mismas.

Estas *feminidades fallidas*, que no se dedicaron por entero ni priorizaron por el hogar, los maridos e hijos durante y posteriormente a sus militancias fueron “acechadas, señaladas, desvalorizadas por lo que no hacen, las disidentes de la feminidad son exigidas por la fuerza de las cosas y por las obligaciones, pero también políticamente por los otros y por el mundo patriarcal para que sean mujeres, para que sean de y para los otros” (LAGARDE, 2011: 808).

La decisión de tener los hijos e hijas y de continuar una militancia a todas luces riesgosa, si bien fueron autodeterminadas tuvieron también su origen en expectativas y normas ante los que no quisieron quedarse atrás. De un lado, el ideal de mujer=madre del sistema patriarcal; de otro, los mandatos militantes de la Nueva Izquierda que implicó tener siempre a la revolución como prioridad, posponiendo las tareas de cuidado de los propios descendientes y todo lo personal e individual, calificado de intereses pequeño-burgueses (VIDAURRAGA, 2015).

La moral militante revolucionaria, que argüía una exigencia desmedida puesta en condición de excepcionalidad circunstancial (CIRIZA Y RODRÍGUEZ, 2004-2005: 10) y que -de aceptarse- transformaría radicalmente la vida de los propios, pero también del mundo en general, fueron una presión y a la vez un incentivo luminoso.

Aún con esta entrega completa al proyecto político y en circunstancias muy riesgosas, una parte importante de estas revolucionarias desearon y determinaron ser madres. Si bien era imposible que pretendieran siquiera en esas circunstancias acercarse el ideal de madre cristiano, encargando en la Virgen María, tampoco renunciaron a la posibilidad de vivir maternazgos propios, subvirtiendo la dicotomía madre-guerrero, eros-tánatos, tan propia de construcciones patriarcales.

Así, se convirtieron en agentes molestos, inaceptables, encarnando las *maternidades fallidas*, y a la vez constatando que los ejercicios de maternazgos son múltiples y vinculados con los contextos en los que las mujeres se sitúan, desmitificando “LA maternidad” como una cuestión dada, unívoca, universal e idealizada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ADAMS, Parveen. Hacer de madre. **Debate Feminista**, vol. 6, año 3, septiembre, 1994.

AGUILÓ, Macarena. **El edificio de los chilenos**, 2010.

ARGENTO, Analía. **La guardería montonera**. La vida en Cuba de los hijos de la contraofensiva. Buenos Aires: Marea, 2013.

ÁVILA, Yanina. Desarmar el modelo mujer=madre. **Debate Feminista**. Vol. 30, año 15, México, octubre, 2004.

BADINTER, Elizabeth. **¿Existe el amor maternal?** Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1981.

CASTILLO, Carmen. **Un día de octubre en Santiago**. Santiago: LOM, 2013.

CASULLO, Nicolás. **Las Cuestiones**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.

CIRIZA, Alejandra y RODRÍGUEZ, Eva. Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT /ERP. **Políticas de la Memoria**, Anuario de Investigación del CeDInCI. Buenos Aires, 5, 2004-2005. Disponible en <http://www.cedinci.org/politicas/PM5.pdf>

CROATTO, Virginia. **La Guardería**. Argentina, 2016.

DE BEAUVOIR, Simone. **El segundo sexo**. México: Debolsillo, 2013 (1954).

FERNÁNDEZ, Margarita, URIBE, Viviana, LASTRA, Teresa y FLORES, Patricia. **Mujeres en el MIR**. Des-armando la memoria. Santiago: Pehuén, 2017.

FULLER, Norma. Identidad Femenina y Maternidad: Relato de sus desencuentros. En: Donas, Solum (ed.). **Adolescencia y juventud en América Latina**. Costa Rica: Libro

Universitario regional, 2001. Disponible en <http://red.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/biblioteca/081008.pdf>

FRIDAY, Nancy. **Mi madre yo misma**. Las relaciones madre-hija. Barcelona: Argos Vergara, 1979.

GHIO, Bettina. y DI PIERO, Naima. **Dar al término ‘mujer comprometida’ toda su amplitud poética**. Entrevista a Carmen Castillo, 2013. Disponible en <http://mujeresporlademocracia.blogspot.cl/2013/03/entrevista-con-la-realizadora-carmen.html>

GOICOVIC, Igor. **Movimiento de Izquierda Revolucionaria**. Santiago: Escaparate, 2012.

IZQUIERDO, Teresa y JIMÉNEZ, Ana María. **Antes de perder la memoria**. Santiago: Cuarto Propio, 2015.

LAGARDE, Marcela. **Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas**. Madrid: HORAS y horas, 2011.

LAMAS, Marta. Maternidad y política. **Jornadas feministas. Feminismo y sectores populares en América Latina**. México, 1986a.

LAMAS, Marta. Feminismo y maternidad. **Fem**, diciembre-enero, 1986b.

LAMAS, Marta. **Política y reproducción**. Aborto: La frontera del derecho a decidir. México: Plaza y Janés, 2001.

LÖWY, Michael. **El marxismo en latinoamericana**. Santiago: LOM, 2007.

MILLET, Kate. **Política sexual**. Madrid: Cátedra, 1995.

NASH, Mary. Maternidad y construcción identitaria: debates del siglo XX. En: Franco, Gloria (ed.). **Debates sobre maternidad desde una perspectiva histórica**. Siglos XVI-XX. Barcelona: Icaria editorial, 2010.

PALOMAR, Cristina. Maternidad: Historia y Cultura. **La ventana**, México: Universidad de Guadalajara, 2005. Disponible en: <http://redalyc.org/www.redalyc.org/articulo.oa?id=88402204> .

POZZI, Pablo y PÉREZ, Claudio. **Historia oral e historia política**. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990. Santiago: LOM, 2012.

RICH, Adrienne. **Of Woman Born**. Motherhood as Experience and Institution. Nueva York: WW Norton, 1986.

ROJAS, Carmen (Seudónimo de Nubia Becker). **Recuerdos de una mirista**. Montevideo: Edición del Taller, 1988.

RUIZ, Olga. Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile (1965-1975). **Revista Austral de Ciencias Sociales**, 28, 163-182, 2015 .

SANDOVAL, Carlos. **Movimiento de Izquierda Revolucionario 1965-1970**. Coyunturas, documentos y vivencias. Tomo I. Santiago: Quimantú, 2014.

S/A. **Revista Somos** (Argentina), 1976. Citada en VASALLO, Marta. Militancia y transgresión en ANDÚJAR, Andrea Et. Al. (ed.) **De minifaldas, militancias y revoluciones: exploraciones sobre los 70 en Argentina**. Buenos Aires: Luxemburg, 2009.

VIDAURRAZAGA, TAMARA. **Mujeres en rojo y negro**. Reconstrucción de la memoria de tres mujeres miristas 1971-1990. Santiago: Editorial Escaparate, 2006.

VIDAURRAZAGA, TAMARA. “La escisión entre lo individual y colectivo en la moral militante de la Nueva Izquierda”. **Revista Sujeto, Subjetividad y Cultura** 4: 37-45, 2012.

VIDAURRAZAGA, TAMARA. 2015. El pecado pequeño burgués en las organizaciones de la nueva izquierda revolucionaria latinoamericana. *MIR chileno y MLN-T uruguayo. Estudios*, 34, 177-198.

VIDAURRAZAGA, TAMARA. **Las combatientes**. Militancias femeninas en la nueva izquierda revolucionaria latinoamericana: miristas chilenas y tupamaras uruguayas. Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile. Tesis para optar al grado de doctora en Estudios Latinoamericanos, 2015.

ENTREVISTAS REALIZADAS

ARÁNGUIZ, Soledad. **Entrevista personal**. Realizada 11 y 18 de mayo, 28 y 26 de junio, 28 de julio, 5, 18, 22 y 26 de octubre de 2002, Santiago, Chile.

CHACALTANA, Cristina. **Entrevista personal**. Realizada 9, 20 y 22 de octubre, 11 de noviembre de 2002 y 11 de febrero de 2003, Santiago, Chile.

DÍAZ, Gladys. **Entrevista personal**. Realizada 15 de enero de 2014, Santiago, Chile.

FLORES, Patricia. **Entrevista personal**. Realizada 11 de agosto de 2014, Santiago, Chile.

MARÍA INÉS. **Entrevista personal**. Realizada 21 de julio de 2014, Santiago, Chile.

OJEDA, Arinda. **Entrevista personal**. Realizada 16 y 17 de noviembre, 14 de diciembre de 2002, Concepción, Chile.

ORTEGA, Myriam. **Entrevista personal**. Realizada 6 de febrero de 2014, Loncoche, Chile.

RADRIGÁN, Cecilia. **Entrevista personal**. Realizada 4 de agosto de 2012, Santiago, Chile.